

Las melancolías. Fray Luis de León, Cervantes y Lope, a la sombra de Huarte

Guillermo Serés
(Universidad Autónoma de Barcelona)

Dos tipos de melancolía

Huarte de San Juan, conocedor de las dos principales fuentes clásicas para el estudio y la caracterización de la melancolía, los *Problemas* del Pseudo Aristóteles y Galeno, afirma rotundamente:

hay dos géneros de melancolía. Una natural, que es la hez de la sangre, cuyo temperamento es frialdad y sequedad con muy gruesa substancia: esta no vale nada para el ingenio, antes hace a los hombres necios, torpes, risueños, porque carecen de imaginativa. Y la que se llama atrabilis o cólera adusta,¹ de la cual dijo Aristóteles que hace los hombres sapientísimos, cuyo temperamento es vario como el del vinagre: unas veces hace efectos de calor, fomentando la tierra, y otras, enfría (*Examen*, pp. 372-373).²

Nótese que apostilla lo de la variedad del temperamento, porque es una característica no resuelta, porque desde la Antigüedad se distinguían dos grandes especies de melancólicos: los que lo son “por naturaleza” (de compleción o de temperamento) y los eventualmente afectados por la atrabilis o bilis negra, un humor cuya “fuerza es inconstante,” porque “es a un tiempo demasiado fría y demasiado caliente” (*Problema XXX*, 1, 955 a 30-32, p. 103); “una mezcla perfectamente inestable,” que puede pasar del frío al calor rápidamente, lo que provoca el cambio de carácter. Sin embargo, siempre

es posible que exista una buena mezcla de la inconstancia, [...] y ya que es posible, por fuerza, que la *diathesis* ['disposición'] demasiado caliente sea, al mismo tiempo, demasiado fría (o a la inversa, a causa del exceso que presenta), todos los melancólicos son seres excepcionales, y no por enfermedad, sino por naturaleza (*Problemas*, 955 a 38-40).

Antes ha definido el poder de la mezcla (*krasis*) de bilis negra para conformar el carácter y ha precisado que “si el estado de la mezcla es del todo concentrado, son extremadamente melancólicos; pero si la concentración se halla un poco atenuada da lugar a los seres excepcionales. [...] La causa de un poder tal es la mezcla, la manera en que participa del frío y del calor” (954 b 25-35, p. 97). Téngase en cuenta que

la bilis negra es fría por naturaleza; [...] si se encuentra en exceso en el cuerpo produce apoplejías, torpeza, *athymías* o miedos; pero, caso de estar demasiado

¹ La melancolía adusta (bilis negra no natural) o cólera ardiente ya la describe Galeno: “el otro humor, el de la bilis negra, producido al recocerse la bilis amarilla, provoca los delirios violentos con o sin fiebre, por su abundancia en el cuerpo del encéfalo” (*De locis affectis*, III, 178, p. 250); más abajo señala que hay una bilis negra “producida por intenso calor local que hace hervir la bilis amarilla o la sangre más espesa y oscura.”

² Así, la melancolía “pathologique peut avoir d’autres fondements que l’humeur noir *stricto sensu*: il arrive, notamment, qu’elle ait le sang pour origine. Ou la bile jaune tout aussi bien” (Hersant 2005b, 114).

caliente, origina los estados de *euthymías* acompañados de canciones, los accesos de locuras (954 a 22-25, p. 91),

porque el individuo que goza de la eutimia se encuentra feliz, activo y despreocupado. Previamente, ha establecido una diferencia entre estado (*hexis*), permanente, y la provisional disposición (*diathesis*): aquel tiene una mayor duración y estabilidad; a esta la condicionan cualidades “que fácilmente pueden mudar y cambiar con rapidez, como el calor o el frío, la enfermedad y la salud” (Aristóteles, *Categorías*, 8; *Metafísica*, III, 14). Un poco antes ha comparado la melancolía entendida como disposición con el efecto del vino en determinadas personas:

El vino tomado en abundancia parece que predispone a los hombres a caer en un estado semejante al de aquellos que hemos definido como melancólicos, y su consumo crea una gran diversidad de caracteres. [...] Pues el estado en que se halla aquel que ha bebido, en aquel momento, es el estado en que se halla otro por naturaleza. [...] El vino, pues, hace al individuo excepcional, pero no por mucho tiempo, tan solo por breves momentos, mientras que la naturaleza produce ese efecto continuamente, a lo largo de la vida de un hombre (953 a 32-33 y 953b 9-10 y 187-20, pp. 81-85).³

Porque el problema aristotélico “nos propone que [...] no se trata de la *symmetria* entre los humores que forman nuestro organismo, sino de la *eucrasia* ['equilibrio de los humores'] de un humor por naturaleza inestable”, y como es inestable, “todo es posible, tanto la mayor cobardía como el mayor coraje, la locura como el talento y la eficacia. Todo depende del encuentro del *kairos*, de la circunstancia, así como del estado de la bilis negra en el individuo” (Aristóteles 24-25).

Mucho más adelante, Burton lo sistematizará señalando que la melancolía “lo es en disposición o en hábito;” aquella es

transitoria, va y viene en cada ocasión de tristeza, necesidad, enfermedad, problema, temor, aflicción, enojo, perturbación mental o cualquier tipo de cuidado. [...] Y de estas disposiciones melancólicas no está libre ningún hombre vivo, ni siquiera el estoico. [...] A veces ocurre que estas disposiciones se convierten en hábitos. [...] Así ocurre con nuestras provocaciones melancólicas, y a medida que el mismo humor aumenta o remite en los hombres, según su temperatura corporal o el alma racional es más capaz de resistir, así están más o menos afectados (Burton, I, 145-146).

La diferencia entre disposición o estado no es solo de grado (o de mezcla), también conviene despejar, de acuerdo con Hipócrates (*Epidemias*, V),⁴ la ambigüedad de la

³ “El vino produce estos efectos porque contiene aire. La bilis negra produce los mismos efectos que el vino. Entonces el autor añade dos cualidades, el calor y el frío, necesarias para lo que viene a continuación, es decir, la demostración de que el melancólico es un ser inestable” (Pigeaud, en Aristóteles 2007, 18).

⁴ En el capítulo 22 de este libro le atribuye a la bilis negra la perturbación mental, los delirios de la epilepsia; también en el 87, pero combinada con la embriaguez. “From the form here described, which essentially corresponds to the ‘melancholia with delusions’ [...] Here also numerous, terrifying hallucinations, changing variously, and confused delusions are developed. The appearance of people is changed; faces are distorted; it is like a ‘wandering of souls’” (Radden 2002, 276). Cf. en general Pigeaud (1989, 70-138) y un resumen en Demont (2005).

melancolía, como humor negro viscoso y enfermedad mental, positiva o negativa.⁵ Es necesario distinguir la melancolía “natural” de la “adusta,” accidental u originada por alguna de las causas conocidas: ensimismamiento reflexivo, amor, frustración, infatuación delirante...⁶ Así, a la diversidad de caracteres por naturaleza hay que sumar la de las mezclas de la bilis, cuya inconstancia la incrementan o decrementan las cualidades calor y frío (y seco y húmedo), la alimentación, la edad, las estaciones del año o el clima; de modo que la influencia de la bilis negra tiene, a su vez, un carácter accidental, no permanente. Ya se señalaba en el difundido problema:

muchos, debido a que el calor se halla próximo del lugar del pensamiento [el corazón más que el cerebro], se ven afectados por las enfermedades de la locura o del entusiasmo. Cosa que explica la existencia de las Sibillas, [...] así como de todos aquellos que están inspirados, cuando no lo están por enfermedad sino por la mezcla que hay en su naturaleza. [...] Pero aquellos en que el calor excesivo se desarrolla hasta llegar a un estado medio son, sin duda melancólicos, pero más inteligentes y menos excéntricos, al tiempo que en muchos aspectos se muestran superiores a los demás, unos en lo que respecta a la cultura, otros en lo concerniente a las artes, y otros, en fin, en el gobierno de la ciudad (*Problemas*, 954 a 32-954 b 1-2, p. 93).⁷

Siendo tan dispar su origen, tan accidental su mezcla y tan diversas sus consecuencias, unos teóricos la defienden porque (como el vino citado en el *Problema*) potencia la “salida de sí,” el éxtasis, el entusiasmo, o algunas pasiones; otros la denigran, porque no propicia el conocimiento de sí, ni el autocontrol ni el entendimiento ni el sentido común.⁸

El prestigio de aquella melancolía en el Renacimiento se debió en gran medida, como es bien sabido, a Marsilio Ficino, que la dignificó en *De vita triplici* (1489)⁹, señalando en aquel humor la convergencia de “las cuatro corrientes de pensamiento más importantes: [...] la hipocrática teoría de los humores, la platónica del *furor*, la astrológica que sitúa al melancólico bajo el signo de Saturno, y la aristotélica que iguala genialidad y melancolía” (Ferri 55).¹⁰ Una equiparación que se lee en el citado

⁵ “Une ambiguïté intervient ici. Le mot ‘mélancolie’ désigne une humeur naturelle, qui peut ne pas être pathogène. Et le même mot désigne la maladie mentale produite par l’excès ou la dénaturation de cette humeur, lorsque’elle intéresse principalement l’‘intelligence’. Toutefois ce désordre ne va pas sans quelque privilège: il confère la superiorité d’esprit, il accompagne les vocations héroïques, le génie poétique ou philosophique. Cette affirmation, que l’on trouve dans les *Problemata aristotéliciens*, exercera une influence considérable sur la culture de l’Occident” (Starobinski 2012, 24).

⁶ Radden (2002, 256-276) trae, documenta y analiza los diversos tipos de melancolía, que agrupa en las categorías simples: *attonita*, *delirante*, *fantástica*, *gravis*, *involutiva* y *paranoide*.

⁷ “La multiplicité de ses registres, de ses apparentes incohérences, tant est prodigieuse la variété des manifestations mélancoliques; agressivité et repli sur soi, accablement et enthousiasme, culpabilité et désirs fous, lamento et dérision, idées fixes et folles chimères. [...] Religieuse ou érotique, douce ou amère, féconde ou stérile” (Hersant 2005a, XII).

⁸ Orobigo (2009, 95) trae la opinión de un amplio sector de teóricos españoles cuyos “textos evocan la melancolía como una fuerza oscura y maligna, que invade al individuo y lo domina, desposeyéndolo de sí mismo. [...] En todos los casos, aparece como un mal que obceca, aliena al individuo”.

⁹ También se puede rastrear en Alberti, claro predecesor de Ficino, aunque “la grande differenza [...] è proprio la luce oscura che Leon Battista continua a gettare [...] sulla melancolia seguendo in questo la tradizione antica; [...] una sorta di antidoto preliminare di fronte allo sforzo totalizzante e tutto ottimistico di Marsilio: contro quella versione positiva e trionfale del temperamento saturnino” (Rinaldi 2002, 49).

¹⁰ Otros muchos, en cambio, la conceptúan demoníaca: “la mélancolie selon Cranach vient moins de Saturne que de Satan; loin d’offrir aux yeux du peintre, comme à ceux de Marsile Ficin, la promesse

Problema XXX, 1, que es una suerte de “ensoñación a propósito de la creación, o más bien, como se diría ahora, de la creatividad, la capacidad de crear. [...] El problema nos dice que ‘el bien dotado’ y el loco revelan ser de un mismo talante natural, el melancólico; [...] ya no existe una oposición radical; la diferencia es de grado.”¹¹ Otros muchos humanistas, como Melanchton, asumen el dictamen aristotélico: “Interrogat autem, qui fiat, ut multi ingeniosissimi homines, qui vel in artibus vel in studio sapientiae vel in gubernatione excellunt, melancholici sint? (*Liber de anima*, 8r);” antes ha señalado que Heráclito, Teofrasto, Empédocles, Sófocles o Arquímedes fueran de compleción melancólica.¹²

En aquel problema aristotélico se especifica que el poeta, por sus “particulares” naturaleza y temperamento (esto es, por su constitución humoral, por el predominio de una facultad sobre otra, por su proporción de cualidades elementales, etc.) es capaz de salir fuera de sí, de profetizar, de ser, en definitiva, un vate:

Maraco el Siracusano resultaba aun mejor poeta cuando sufría uno de sus accesos de locura. Pero aquellos en los que el calor excesivo se desarrolla hasta llegar a un estado medio son, sin duda, melancólicos pero más inteligentes, y menos excéntricos, al tiempo que en muchos aspectos se muestran superiores a los demás (*Problemas*, 954a 36-40-954b 1-3, p. 93).

Como la tesis de este problema asocia la doctrina del genio al humor melancólico a la bilis negra y a las cualidades elementales cálido (y seco), hay que añadir el humor que más les conviene, la cólera, pues *per se* ya es cálido y seco; o sea, es el humor más apropiado para la imaginación y, en consecuencia, para la poesía. Obviamente, los preceptistas contemporáneos y posteriores echaron mano de estas cuestiones. Pinciano, por ejemplo, intentó explicar fisiológicamente el furor platónico: “El instrumento desta facultad [la poesía] pide calor con sequedad, compañeros del furor, a cuya causa es un sentido muy conveniente para la poética” (López Pinciano, I, 49).

Huarte de San Juan

El Pinciano seguía a Huarte de San Juan: “Cuando el cerebro se pone caliente en el primer grado se hace el hombre elocuente y se le ofrecen muchas cosas que decir” (*Examen*, p. 306, nota 38). Resulta obvio, pues, que esta destemplanza (predominio de unas cualidades elementales y de un humor sobre otros) a favor de lo “cálido” y lo “seco” es la más apropiada para la imaginación y, en consecuencia, para la poesía.

intellectuelle d'un accomplissement créateur, elle est dénoncée comme le pire menace qui pèse sur le salut des hommes” (Hersant 2005b, 117); “todas las imágenes de Ripa tienen en común la incomunicación de sus figuras. [...] En esa tradición, la melancolía se concibe como una enfermedad que separa al ser humano no solamente de los otros sino también de sí mismo y de Dios. Es una oscuridad que se cierne sobre la mente y la oscurece hasta llevarla a la locura. En algunos casos la melancolía se asocia al pecado, al vicio, al demonio. Al desorden de la melancolía se opone el orden de la virtud y la templanza, por las cuales el ser humano se hace dueño de sí mismo” (Atienza 127). Bartra (49-63) contrasta el escepticismo de Velázquez con la credulidad de Huarte o la opinión de Bodin, Laguna, Freylas o Pedro Ciruelo; con todo, recuerda que “la idea de que los demonios se aprovechan de los humores, y especialmente de la atrabilis, para provocar males y visiones en las personas” (p. 53); cita nada menos que a Francisco Valles.

¹¹ Pigeaud en Aristóteles (2007, 47-49).

¹² “Il rinascimento sostenne simultaneamente le due concezioni della malinconia. Secondo la tradizione galenica, la malinconia è una condizione della mente fra le più infelici et infamanti; secondo quella aristotélica, è una condizione mentale invidiabilissima e degna di lode. [...] Non ci sarebbe stata simile dualità, se non ci fosse stato il problema aristotelico, poiché questo fu la fonte dell’idea che il melanconici sono persone straordinariamente dotate”, porque el Estagirita “dette alla malinconia un fascino filosofico e artístico” (Babb 89-90).

Destemplanza que comporta los que la padeczan se vuelvan melancólicos (“cólera adusta”), si es que ya no lo eran *a priori* (melancolía natural) y, por serlo, estén especialmente dotados para el ejercicio poético.

La cólera o bilis amarilla puede convertirse en bilis negra, melancolía o cólera adusta; la melancolía natural, sin embargo, es seca y fría; propia, por tanto, del entendimiento.¹³ En Huarte, el predominio de la melancolía (partícipe en grado máximo de las cualidades seco y frío) se ajusta al problema aristotélico, porque los melancólicos adustos “tienen el cerebro como cal viva, la cual, tomada en la mano, está fría y seca al toque, pero si la rocían con algún licor, no se puede sufrir el calor que levanta” (*Examen*, p. 570). Se parece al agua, al hierro, a la piedra, que, si se calienta, puede llegar a la incandescencia, como la llama (Aristóteles, 91). Esta ambivalencia explica que la sabiduría requiere sequedad y calor, pero también frío, “porque de la frialdad nace la mayor diferencia de ingenio que hay en el hombre, que es el entendimiento” (*Examen*, p. 328).

A pesar de que “la melancolía es uno de los más gruesos y terrestres humores de nuestro cuerpo, dice Aristóteles que de ningún otro se aprovecha tanto el entendimiento como de él” (*Examen*, p. 353). Porque “frente a la natural —caracterizada por un color mortecino y oscuro— que hace a los hombres necios y bobos por carecer de imaginación, la atrabilis tiene otra característica de gran ayuda para el entendimiento: brilla” (Gambin 2008, 169-170). Gambin trae a continuación aquella cita de Huarte: “Brilla como azabache, con el cual resplandor da luz allá dentro en el cerebro para que se vean bien las figuras. Y esto es lo que sintió Heráclito cuando dijo: ‘splendor siccus animus sapientissimus’” (*Examen*, pp. 372-373).¹⁴ La referencia ya la traía Galeno (2003, 181): “¿no admitiremos, como Heráclito y sus discípulos, que la sequedad es causa de inteligencia? [...] Estos razonamientos demuestran [...] que las acciones y pasiones del alma siguen los temperamentos del cuerpo.” Recuérdese que la teoría de los humores,¹⁵ combinados con las cualidades elementales y los condicionantes externos, es la base de todo el planteamiento de la psicología temperamental de Huarte:

Es este mecanicismo y la aplicación radical y absoluta de su método lo que le granjeará la simpatía y la admiración de otros pensadores; me refiero a la capacidad para aplicar unos principios racionales a todo, a lo divino y a lo humano, literalmente. Su teoría de los humores le sirve para explicar

¹³ “The prominence accorded to the imagination is particularly notable. [...] And emphasis on the normal imagination was matched, if not exceeded, by a great fascination with the diseased imagination. Once known as ‘queen of the mental powers’, and long thought at the root of the disordered mind, the imagination’s importance eventually declined. [...] This prominence derived in part from the occultism and astrological ideas of the sixteenth century. In the writings of Paracelsus and Ficino and their followers, the customary view of imagination as a bridge between material things and the immaterial soul permitted the immaterial soul to affect the material world through occult means” (Radden 2017, 54). Orobítg (2009, 92), sin embargo, recalca que seis médicos “rechazan las teorías de Huarte y niegan a los melancólicos todo don profético o de lenguas debido a causas naturales como la bilis negra”; aquellas dotes “solo se explican por la acción del demonio” (véase, arriba, nota 10).

¹⁴ Recuerda Gambin (2008, 170) que “la referencia al azabache enlaza con la creencia en el poder de las piedras. Gracias al negro resplandor del azabache el alma racional puede ver las figuras y las especies inteligibles”; sin aquel negro brillo, “el alma no puede ver nada, está ciega.

¹⁵ Su fisio-psicología se centrará en la explicación de la función de los humores y su mezcla (*krásis*, esencial para la salud y de la que dependía el temperamento de la persona), la circulación interna del aire vital (*pneûma*) y de la sangre y el agua, junto con el resto de humores: flema (*phlégma*), bilis amarilla (*xanthê kholê*) y bilis negra (*mélaina kholê*), según la clasificación hipocrática.

materialmente no solo los casos de los endemoniados, sino el éxtasis místico y hasta el pecado de Adán en el Paraíso terrenal (Ynduráin 38).¹⁶

Especialmente apreciada por el médico navarro es la cualidad elemental seco, de la que “el entendimiento se aprovecha” (*Examen*, p. 331), muchas veces originada por la melancolía, y la tristeza, que desecan el cerebro: “la tristeza y aflicción gasta y consume las carnes, y por esta razón adquiere el hombre mayor entendimiento” (*Examen*, p. 333).

El paradigma del genio, o del buen gobernante, sería, pues, el melancólico de temperamento cálido y seco (derivado de la bilis negra originada en la adustión de los humores), que posee buen entendimiento y fértil imaginación: “los melancólicos por adustión juntan grande entendimiento con mucha imaginativa” (*Examen*, p. 458); son “los más ingeniosos y hábiles para el ministerio de la predicación para cuantas cosas de prudencia hay en el mundo, porque tienen entendimiento para alcanzar la verdad y grande imaginativa para saberla persuadir” (pp. 460-462). Las opiniones de unos y otros médicos y filósofos son muy variadas y

aunque la noción de melancolía caliente sea objeto de interpretaciones diferentes e incluso divergentes, los tratadistas coinciden en la elaboración de una antítesis estructurante, que opone dos tipos de melancolía y de temperamento melancólico: por una parte, un melancólico frío, embrutecido, estúpido y, por otra, un melancólico ingenioso e inspirado, caliente o templado.¹⁷

El primer libro europeo monográfico, el *Libro de la melancolía* (1585), del médico Andrés Velázquez, contempla todos los significados del término; sin embargo, a diferencia de Huarte, y ateniéndose a la negativa consideración galénica, descree de sus efectos beneficiosos:

Melancolía en su primero significado quiere decir y significa uno de los cuatro humores que naturalmente se engendran en el hígado para nuestra nutrición, [...] en otro significado significa y suena lo mismo que los médicos llaman *atra bilis*. [...] Se ha de tener por mucho más perniciosa y de peor naturaleza y condición aquella cólera negra que se engendra por ustión de la cólera flava que no la que se engendra de la melancolía natural. [...] Esta *atra bilis* difiere de la natural melancolía en el sabor muy acedo y acerbo, de donde por ustión viene a ser tan acre, que es corrosiva. [...] Tiene también otro significado este nombre [...] la enfermedad que los médicos llaman *melancholia morbus* (fols. 48v-49r).

¹⁶ La relevancia de la figura y función del médico la analiza e ilustra excelentemente Peset (2010, 53), porque “en el Siglo de Oro se estableció un rico diálogo entre medicina, arte y poder. [...] Los estudiosos de la mente humana y su patología tuvieron mucho que decir.” Además de los que cita Peset, traen otros tantos Ferri Coll (50-52), Gambin (2008, 107-128; 2012, 23-26 y 33-42; 2015, 39-44), Atienza (106-111), u Orobio (2009, 91-93; 2010, 17); complétese con Wigger, Müller (53-76) y Dandrey (2002, 16-17).

¹⁷ Orobio (2010, 24). Sigue afirmando que “para Luis Vives, la fuente del ingenio es una melancolía natural, templada o moderadamente caliente [*Tratado del alma*, II, 1202]. En cambio, para Huarte, la bilis negra natural, fría y seca, terrestre y gruesa, es fuente de estupidez y solo la atrabilis o melancolía adusta puede explicar las maravillosas capacidades intelectuales de los melancólicos”; s’esistono infatti malinconici di natura fredda e secca, codardi, timidi, amanti della solitudine. [...] Ve ne sono altri che presentano un colorito olivastro, i capelli neri, le vene larghe e le carni piene di peli. Costoro sono prudente, sagaci, di grande ingegno, eccellenti nelle arti ed ammirabili nell’amministrare la giustizia. E lo sono perché l’umore malinconico è opportunamente temperato dalla collera” (Gambin 2012, 15).

El segundo es un “humor atrabilioso es muy tenebroso y negro, [...] escurece el resplandor natural del espíritu” (fol. 66r). Nótese que aquel huartiano brillo del azabache aquí se presenta ofuscado, anulado, precisamente, por el humor que lo genera.

La contradicción planea por toda la literatura teórica atingente, dividiendo a la clase médica en dos grandes bandos, a favor y en contra. Porque, razona Velázquez, a diferencia de Huarte, la melancolía, cuando llega a un extremo patológico, deriva en manía, furor o insanía, que vuelve a los hombres desenfrenados, a manera de fieras, porque, como señala Vives, “el efecto de este negro humor es entenebrecer el espíritu, de donde provienen estas incomodidades: el alma se queda sin su ágil lozanía y por esa misma causa la ofuscación del entendimiento asoma al rostro” (*Del alma*, 1303). Lo que no se contradice con que los grandes intelectuales fueron y son melancólicos, pues “la constitución corporal, en los varones de gran ingenio, les inclina a la bilis negra” (p. 1281). Semejante opinión es la de Alfonso de Santa Cruz, que escribió, en los mismos años que Huarte su *Examen, la Dignatio et cura affectuum melancholicorum*, para

guardar de un poderoso y pestilencial enemigo que les suele combatir [a los hombres], y quitar a veces las fuerzas, de tal manera que en todas sus acciones no parecen hombres, sino unos insensatos brutos y otros furiosos. Este es el humor melancólico, el cual (no atajando sus pecados y furiosos movimientos en los principios) es cosa de gran lástima ver cuáles quedan y cuán sin remedio (cito por Sáez 88).

Francisco Valles, el Divino, es terminante a este respecto: “Melancholia morbus non fit sine melancholico succo, genito aut in ipso cerebro, si est affectus proprius; aut alibi si est per consensum” (*Controversiarum*, p. 349). Vale decir: se genere en el cerebro o en el resto del cuerpo, la melancolía es un humor, un fluido, un jugo.

Fray Luis de León

Fray Luis de León conocía perfectamente los dos grandes tipos de melancolía. La atrabilis o “colera adusta” la apunta en la Introducción a los *Nombres de Cristo*, enmarcada en el diálogo del jovial y sanguíneo Sabino, y el melancólico Marcelo:

—Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo cantar o hablar.

—Bien entiendo por qué lo decís —respondió al punto Marcelo—, y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes que nos predominan y despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía (*De los nombres de Cristo*, 14-15).

En el sistema con el que está familiarizado fray Luis, el mismo que el de Huarte, la sangre y la melancolía son conceptuados como dos humores radicalmente opuestos, porque aquella es caliente y húmeda, clara y fluida; esta, en cambio, es fría y seca, opaca y densa.¹⁸ Análogamente, aquella es sinónimo de luz y vida; esta de oscuridad y muerte, como recuerda Mexía en la *Silva de varia lección*, la celeberrima enciclopedia que estuvo “destinata a circulare dappertutto in Europa” (Garin 16-17):

¹⁸ La contradicción parece resolverse más tarde, cuando “il temperamento malinconico non è portato solo alla filosofia, alla poesia e alla matematica, [...] perchè la bile nera non è solo opaca, arida, viscida e densa: stranamente, ha anche la natura del soffio” (Benvenuto 33). Una buena antología en Dandrey (2001); para la caracterización humoral, Jackson (18-25).

La *sanguina* es la [complexión] que puede dar más larga vida al hombre, porque la sangre es húmida y caliente. [...] Y también la melancolía [como las complexiones colérica y flemática], que corresponde a la tierra, como consta de frialdad y sequedad, acortan la vida estas calidades por ser contrarias al calor y humedad natural (Mexía *Silva de varia lección*, 811-812).

Con todo, hay complexiones compuestas muy apreciables; por ejemplo, “la *sanguina*, mezclada con la *melancólica*, es buena también señoreando la *sanguina* en punto y temple conveniente, porque el calor y humedad se pondrán en su medida y compás con el frío y la sequedad de la *melancolía*” (p. 812). O sea, si funciona la *eucrasia* (‘buena mezcla’). Distingue Mexía, como fray Luis, las complexiones por su distinta condición humoral y porque en una, la sanguínea, además, predomina la *visio* y, en general, la percepción sensorial; en la otra, la meditación o *cogitatio*:

C'est en effet chez les sages, les philosophes, les contemplateurs solitaires des abîmes dans leurs méditations, qu'elle [la *melancolía*] inscrivait, de préférence, son recroquevilement emblématique, le dos voûté, la tête courbée, le menton appuyé sur le poing serré et les yeux fichés sur le sol ou dans le vide.¹⁹

Una *cogitatio* casi siempre *immoderata*, como, en análogos términos amorosos, decía Arnau de Vilanova en su *De amore*.²⁰

Huarte iba un punto más allá al indicar que por el hábito mismo de meditar (o sea, imaginar y contemplar) el hombre es capaz incluso de modificar su temperamento o de “adquirir” uno más idóneo. Lo ratifica Tomás Murillo y Velarde:

Los hombres templadamente sanguinos por lo general se aventajan en ingenio, y por eso pienso que los doctores han juzgado en favor de los melancólicos, porque ellos mismos, al escribir esto, parece habían contraído melancolía, no por nativa constitución, sino por extraña atiticia [sic; error por *tristitia*, ¿o por *accidia*?], causada del continuo trabajo de los estudios y ya casi convertida en otra naturaleza y costumbre.²¹

En ello radica una gran parte de su dignidad, en tanto que supone el predominio del *principatus*, o sea, de las facultades interiores vehiculadas “espiritualmente” al cerebro:

Y es de notar que en la meditación y contemplación de las cosas adquiere el hombre nuevo temperamento [*Timeo*, 47 b-c] sobre el que tienen los miembros de su cuerpo. Porque [...] de tres potencias que tiene el hombre, memoria, entendimiento e imaginativa, sola la imaginativa (dice Aristóteles) es libre para imaginar lo que quisiere [*De anima*, III, 427 b 17-18]. Y de las obras desta potencia (dicen Hipócrates y Galeno [*De placitis Hippocratis et Platonis*, VII])

¹⁹ Dandrey (2001, 8) Para las “posturas” melancólicas, Bologna y Gambin (2017).

²⁰ “Amor est passio quaedam innata ex visione et immoderata cogitatione formae alterius sexus, ob quam aliquis super omnia cupit alterius potiri amplexibus et omnia de utriusque voluntate in ipsius amplexu amoris praecincta compleri” (Vilanova 54-55). Para lograr que sea *immoderata*, el corazón tiene que impulsar constantemente espíritus vitales, cuyo calor (unido al del impulso) calienta y reseca la cavidad cerebral, lo que produce la melancolía, que no es más que bilis negra, o sea, la bilis amarilla que circula calcinada por el organismo.

²¹ *Aprobación* de ingenios, fols. 9v-10r; cf. Orobio (2009, 97).

andan siempre asidos los espíritus vitales y sangre arterial, y los echa a la parte que quiere; y donde acude este calor natural queda la parte más poderosa para hacer su obra, y las demás con menos fuerzas. [...] Y si alguno se pone a considerar y meditar en la injuria que otro le ha hecho, luego sube el calor natural y toda la sangre al corazón y fortifica la facultad irascible y debilita la racional; y si pasa la consideración a que Dios manda perdonar las injurias y hacer bien a nuestros enemigos, y al premio que da por ello, vase todo el calor natural y sangre a la cabeza y fortifica la facultad racional y debilita la irascible. [...] De aquí se entiende claramente con cuánta razón encomiendan los filósofos morales la meditación y consideración de las cosas divinas, pues con sola ella adquirimos el temperamento que el ánima racional ha menester y debilitamos la porción inferior (*Examen*, 272-274).

Meditación y calor con que “calibrar”, o equilibrar favorablemente, la fría e inestable melancolía, como señalaba Mexía y recuerda Huarte:

El calor era el instrumento con que obraba la imaginativa, porque esta calidad levanta ['impulsa'] las figuras [*speciei*, 'imágenes'] las hace bullir, por donde se descubre todo lo que hay que ver en ellas. Y si no, hay más que considerar: tiene fuerza la imaginativa, no solamente de componer una figura posible con otra, pero aun las que son imposibles según orden de Naturaleza las junta y de ellas vienen a hacer montes de oro y bueyes volando (*Examen*, p. 439).

Insistía por ello Huarte en que lo que importa es la contemplación, es decir, el paso de las imágenes y, consecuentemente, de los espíritus, por el “filtro” conceptual del entendimiento. Y si defendía a los “ingenios inventivos” o *caprichosos*, como avanzadilla de las ciencias, siempre acaba apostando por la reflexión intelectual y el bien público.

Esta melancolía “digna” o fomentadora de la inspiración, de la contemplación inteligente y la reflexión, la diferencia el propio fray Luis de la insana, refiriéndola a Job:

El tiempo cuando le fue revelado fue de noche, y en lo más hondo y escuro della, cuando las tinieblas espesas y la soledad que nace del silencio todo causan horror en el ánimo, y cuando todo lo que se ve, o se imagina ver, como no se devisa, hace asombramiento que espeluza el cabello, y cuando el humor melancólico que, escalentado con el sueño y acrecentado con el alejamiento del sol, se mueve en el cuerpo, y con los humos que envía, apretando el corazón y ennegreciendo la imaginación y sentido, cría sueños pesados y horribles.²²

Recuerda un pasaje de Galeno “Sic sane et melancholicis ob siccitatem prorsum conspicua videntur in somnis phantasmata [...] phantasmatisbus propter obscuritatem parvitatemque ita effluentibus, ut ne reliquas quidens et vestigia in memoria

²² *Exposición del libro de Job*, I, 233. Como señala Carrera (2), “in sixteenth and seventeenth-century Spain, melancholia was associated not only with states of heightened conscience, but also with excess, scorching or putrefaction of bodily fluids, darkness, corruption of mental faculties and helplessness”. Rubio trae documentos que demuestran e ilustran los ataques de melancolía del agustino, entre los que se cuentan, por boca del mismo fray Luis: “recelar hasta de los amigos; [...] inclinación a echarlo todo a la peor parte, y, cuando la melancolía llega a no dejar funcionar la razón, el desbarajuste” (p. 951).

relinquiant.”²³ Son las fantasías (las “fantasmas” decían entonces), las turbaciones, que amedrentan a Job y llegan a desesperarle:

Más dice [Job]: turbaciones de Dios se pusieron en orden contra mí. [...] Y por las turbaciones y espantos [...] significa las melancolías que le turbaban y asombraban el corazón. Porque su enfermedad, por ser de apostemas y llagas, era, a lo que se entiende, de humor melancólico. [...] Porque a la verdad, en las enfermedades que son deste humor, son increíbles las tristezas y los recelos y las imágenes de temor que se ofrecen a los ojos del que padece.²⁴ Que sabido es lo que el padre de los médicos dice: que la melancolía, a los que fatiga los hace tristes y muy temerosos y de ánimo vil (*Exposición del libro de Job*, I, pp. 264-265).

El “padre de los médicos” señala: “si el miedo [*phobos*] o la tristeza [*dysthymia*] duran mucho tiempo, tal estado es propio de la melancolía [literalmente ‘bilis negra’]” (Hipócrates, *Aforismos*, VI, 23, p. 284). Es el principio que vincula patológicamente un estado del alma, la postración triste o temerosa, y una realidad fisiológica: el exceso de bilis negra:

Le tour de génie de cette formule: [...] d'une impression psychologique à un désordre pathologique dont elle est l'expression, d'un malaise de l'âme à une maladie du corps dont ce malaise est le symptôme. [...] Dans la mélancolie s'immisce toute l'ambiguïté de la métaphore: le corps s'y fait-il simple image de l'âme en peine, ou si la malaise de l'âme reflète (voir suscite) par transfert et implication un dérèglement réel de l'organisme? La grande histoire médicale de la mélancolie a pris naissance au cœur de cette ambiguïté, ouvrant un champ conjoint de la médecine et de la morale le domaine incertain des maladies de l'âme.²⁵

Otra versión señala que, cuando la bilis negra se enfriá, genera comportamientos relacionados con el miedo, la tristeza y la misantropía, como pueden ser aquella *dysthymia* o la *athymia* (falta de ganas de vivir). Velázquez incluso señala que la tristeza melancólica “es provocada por el color negro de un humor que oscurece y sume en tinieblas al espíritu” (Bartra 29). La “negra” melancolía, provoca el miedo y la consiguiente resignación, porque el miedo

hace gran daño a los mortales, aunque no los mate sino a la larga. Pone tristezas en el cerebro y corazón, hace enojarse mucho, de lo cual vienen daños; pone mala condición, trae falsas imaginaciones y sospechas, pone miedos y congojas falsas y malos ensueños; pone cuidados que dan fatiga sin ser menester [...] y esta melancolía acarrea desesperación. Tiene remedios, que son: el primero, como está dicho, conocerle la condición y naturaleza, para no darle crédito. el segundo es alegría, buen olor, música, el campo, el sonido de árboles y agua, buena conversación, tomar placeres y contentos por todas vías (Sabuco *Nueva filosofía*, fol. 22).

²³ *In Hippocratis praedictionum librum I Commentarius*, I, V.

²⁴ “No es la voluntad guiada por la razón la que inspira a Job impulsos suicidas: es su dolencia, es la calidad del humor” (Bartra 82).

²⁵ Dandrey (2002, 8); más abajo (pp. 88-128) lo compara con Galeno y Aristóteles, y lo ilustra con el consabido Demócrito. Lo analiza Burton (*Anatomía*, I, 2, iii, 4, pp. 260-261: “El temor como causa”).

La melancolía de Marcelo (aquel interlocutor de los *Nombres* de fray Luis), aun siendo hombre de letras,²⁶ potencia, en cambio, la conversación, porque aquel tipo de melancólicos son “de muy buena conversación y afables” (Huarte, *Examen*, 461), además de incrementarles la imaginación, como explica con pormenor Burton:

En las pasiones y emociones es donde la imaginación muestra efectos extraños y evidentes: ¿qué no concebirá un hombre temeroso en la oscuridad, qué extrañas formas de cocos, demonios, brujas, duendes? [...] Algunos se ríen, lloran, suspiran, gimen, se ruborizan, tiemblan, sudan, por las cosas que se les sugiere por medio de la imaginación.²⁷

No de otro modo hay que entender las afirmaciones de López Pinciano cuando, siguiendo a Huarte, se refiere a la imaginación: “no atiende la imaginación a las especies verdaderas, mas finge otras nuevas, y acerca de ellas obra de mil maneras: unas veces, las finge simples; otras, las compone, [...] porque abraza las especies pasadas, presentes y futuras” (*op. cit.*, I, pp. 47-49).

Una melancolía prolongada, con todo, no tiene por qué desembocar en manía, pero puede suceder. Robert Burton la define como un tipo de locura sin fiebre, acompañada del temor y la tristeza, sin ninguna razón aparente. En la sección II, subsecciones iv y v, Burton señala, respectivamente, que “la tristeza, causa de la melancolía” y “el temor como causa” (pp. 258-261). Lo ilustra con ejemplos bíblicos, clásicos y modernos a partir de algunos *dicta* de Hipócrates, tanto para aquella como para el temor, “primo hermano de la tristeza, o más bien hermano, y compañero continuo, ayudante y principal agente en procurar este perjuicio. Como aquella, es causa y síntoma” (p. 260).

Cervantes, “El licenciado Vidriera”

El otro extremo morboso es el que representa Demócrito de Abdara, cuyos síntomas confunde el mismísimo Hipócrates, atribuyendo a depresión y abatimiento lo que es melancolía y genialidad:

Demócrito no presenta signos manifiestos de locura, sino de un vigor del alma poco común; [...] se repliega día y noche sobre sí mismo y vive, de un modo solitario, en cavernas y desiertos, a la sombra de los árboles, sobre la suave hierba a la orilla de ríos. A los melancólicos les ocurren, con frecuencia, cosas de este tipo: muchas veces son taciturnos, solitarios y amantes de los lugares aislados; rehúyen a los hombres y miran a sus iguales como extraños. Tampoco es raro, entre quienes se dedican al conocimiento, que su disposición a la sabiduría los lleve a olvidar cualquier otra preocupación (“Carta XII. De Hipócrates a Filomeno”, Aristóteles e Hipócrates 13).

²⁶ “Por causa de la continua y vehementemente imaginación que tienen los que se dan mucho a las letras o están ejercitando oficios de papeles, que les causas hipocondriás y aflicciones o melancolías, y daño en la salud, porque, dejando frío el estómago por los muchos espíritus que acuden al cerebro, los requema el demasiado ejercicio de la memoria y imaginación” (Murillo y Velarde, 2r).

²⁷ *Anatomía de la melancolía*, II, ii, “Sobre la fuerza de la imaginación”, p. 253. O sea, no se ciñe a la mímisis, sino que es autosuficiente, en tanto que su base, la “espiritual”, es la propia capacidad del poeta de emocionarse, encolerizarse, amar, profetizar o adentrarse en lo misterioso o hermético etc. Factores todos que, diríamos, ceban la *phantasia* y originan (o, en su caso, mantienen) la necesaria *insanía* (melancolía, manía o frenesía) del poeta.

Está describiendo un tipo de melancolía, la “mala”: el risueño y satírico ascetismo de Demócrito se parece al de Job que ilustra fray Luis, pues el de Abdera, como aquel, es una persona “extática,” se evade de la realidad circundante; abandona a su familia y deja de lado sus problemas cotidianos y sus preocupaciones; arrostra una soledad extrema, inconsolable.²⁸

Hechura del melancólico de Abdera es el licenciado Vidriera, en quien se “desborda” la inestable *krasis*, y desde la cordura y genialidad inicial, alcanza la condición de orate:

Solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no lo del entendimiento, porque quedó sano y loco de la más extraña locura. [...] Imaginose el desdichado que era todo hecho de vidrio. [...] Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne: que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada y terrestre (*El licenciado Vidriera*, 277).²⁹

Una etopeya, un proceder, que recuerda también al Job de fray Luis y que es probable derive del *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, del que toma los dos adjetivos (“sutil y delicada”):

Tener el celebro la sustancia o compostura de partes sutiles y muy delicadas dice Galeno que es la más importante de todas, porque, quiriendo dar indicio de la buena compostura del celebro, dice que el ingenio sutil es señal que el celebro está hecho de partes sutiles y muy delicadas, [...] y, realmente, por maravilla se halla hombre de grande imaginativa que tenga buen entendimiento ni memoria. Y debe ser la causa que el entendimiento ha menester que el celebro esté compuesto de partes sutiles y muy delicadas [...] y el mucho calor gasta y consume lo más delicado, y deja lo grueso y terrestre (pp. 285 y 341).

Es el segundo tipo de melancolía, el colérico, resultante, según Galeno de “studiis lassitudines et curas et vigilias exigentibus, eduliis quoque crassis atque sicissimis”; por lo que —al decir de Huarte— “el rezar, contemplar y meditar enfriá y deseca el cuerpo y lo hace melancólico” (*Examen*, p. 262). Aquella inestable mezcla ha desbordado.

No solo por el estudio y la meditación, como causantes, reconocemos la melancolía de Rodaja que derivará en locura; análogos, por supuesto, son los orígenes de la de don Quijote: lecturas y vigilias, como no dejó escrito Cervantes en el primer capítulo:

El dolor y la lectura, pues, asociados estrechamente —la tristeza y el estudio— estarían detrás de la caída de ser humano en la enfermedad mental, unidos al padecer del esfuerzo. Dibuja Cervantes a su personaje Alonso el Bueno como

²⁸ “Selon la conception des humanistes, néoplaoniciens notamment, loin de s’opposer au génie, l’atrabilie le conditionne; dès lors, c’est sans retomber dans la folie que Démocrite mélancolise. Aussi peut-on dire tout à la fois [...] que le rire est le symptôme d’une humeur noire trop active, et que Démocrite est un grand homme” (Hersant 1989, 22).

²⁹ Es la que Radden (2002, 257) denomina melancolía *attonita*: “where the mind is entirely possessed with some terrible delusion, the patient sits or stands like a statue, and must be moved from place to place; the muscles are generally lax, or some of them are fixed in a cataleptic rigidity; the patient, as if in a trance or as one only partially awake, scarcely seems to see or hear; consciousness of time, place, and persons is lost; and the bodily wants and necessities are alike unheeded”.

inteligente, imaginativo, melancólico y colérico, [...] volverá a seguirse la tradición aristotélica que aún la enfermedad con el privilegio mental. La epopeya cervantina nos muestre la lucha clásica entre facultades o almas contrarias —racional, irascible y concupiscible—, o bien entre el Alma de inspiración cristiana y el cuerpo (Peset 15),³⁰

sino también por los característicos *timor* y *tristitia*; incluso por la falta de hambre y de trato con mujeres. Ni que decirse tiene que también estos dos últimos síntomas se reconocen en Rodaja: no frecuenta mujeres ni puede apenas digerir: “le ponían alguna cosa de fruta [...]. Carne ni pescado, no lo quería.” La satírica (democritea o lucianesca) reacción posterior de Rodaja, ya convertido en Vidriera, la risa sardónica de orate, la risa melancólica en suma, que es

una risa seria, una risa sin alegría, una risa que, quiérase o no, se excluye del mundo, y que, contrariamente a la de Rabelais, no posee en sí misma ninguna virtud terapéutica. La risa democritea y menipea de Burton no expresa más que la conciencia del mal: no es portadora de liberación alguna.³¹

Ya nos advierte de tal referencia al principio de la novela, cuando nos presenta al adolescente Rodaja solo, bajo un árbol, en una actitud que recuerda la semblanza del Demócrito de las cartas del Pseudo Hipócrates, cuyo testimonio también recoge Huarte de San Juan:

Demócrito abderita fue uno de los mayores filósofos naturales y morales que hubo en su tiempo [...] el cual vino a tanta pujanza de entendimiento allá en la vejez, que se le perdió la imaginativa, por la cual razón comenzó a hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de términos, que toda la ciudad de Abdera le tuvo por loco. [...] Y haciéndole [Hipócrates] preguntas que convenían para descubrir la falta que tenía en la parte racional, halló que era el hombre más sabio que había en el mundo. Y, así, dijo a los que le habían traído que ellos eran los locos y desatinados, pues tal juicio habían hecho de un hombre tan prudente. Y fue la ventura de Demócrito que todo cuanto razonó con Hipócrates en aquel breve tiempo fueron discursos del entendimiento y no de la imaginativa, donde tenía la lesión (*Examen*, 208-209).

Arguye Huarte el ejemplo del melancólico Demócrito (cuya lesión en la “imaginativa,” obviamente, coincide con la de Vidriera y don Quijote) para demostrar que la “lesión” de una facultad no impide ni decrementa el desarrollo de las otras; al contrario, tal como le ocurre al personaje cervantino en la segunda parte del cuento.

Cervantes lo ratifica en varios pasajes: no solo nos lo describe, al principio, aún Tomás Rodaja, solo y bajo un árbol, sino que, en esta segunda parte, la semblanza, la

³⁰ Como sea, “hasta la complejión humoral del propio personaje [don Quijote] ha transitado desde una psicología paraónica y grotesca, hasta lo que parece ser una (definitiva) instalación en la prototipología de la condición irredimible de la *melancolía*; la condición del poeta, del hombre de genio” (Rodríguez de la Flor 104, cursiva suya). Cf. Bartra (151-196), Serés (2004).

³¹ Starobinski, en Burton (1997, 22). En el capítulo IV de *Libro de la melancolía*, Velázquez “declara la imaginación qué fuerza tenga, qué cosa sea risa y de las causas della” (pp. 96-102). La risa democritea es “al fin manifestación última y sofisticada de la misma *melancolía*, a la cual descarga de pesadumbres, aunque, ciertamente, no de razón” (Rodríguez de la Flor 376, cursiva suya).

vestimenta, la compleción y demás arreos de Vidriera coinciden lo suficiente con los de Demócrito:

Demócrito estaba sentado en una piedra, al pie de un humilde y frondoso plátano, con una sucia túnica sobre los hombros, solo, descalzo, con la tez muy amarilla, el cuerpo descarnado y las mejillas cubiertas de una barba demasiado larga (*Examen*, 209).

Compárese con Vidriera: “Le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, [...] y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera. [...] Los veranos dormía en el campo al cielo abierto” (p. 278).

La “amarga” risa democritea (y, consiguentemente, la sátira de Vidriera) también se explica “naturalmente,” científicamente, pues, según Huarte,

los hombres de grande entendimiento son muy risueños por ser faltos de imaginativa, como se lee de aquel gran Demócrito, y de otros muchos que yo he visto y notado. Luego por la risa conoceremos si es entendimiento o imaginativa la que tienen los hombres (*Examen*, 369-370).

Pero un poco antes se ha referido a la actitud del filósofo en términos que, además, recuerdan mucho el *Elogio de la locura* de Erasmo u otras obras similares:

En este argumento [constatar por las obras la enfermedad humana] se fundó aquel gran filósofo Demócrito abderita cuando le probó a Hipócrates que el hombre dende que nace hasta que se muere no es otra cosa más que una perpetua enfermedad según las obras racionales; y así le dijo: “Totus homo ex nativitate morbus est: dum educatur, inutilis est et alienum auxilium implorat; dum crescit, protervus.” (Erasmo, *Elogio de la locura*, 174).

El texto pertenece a la carta duodécima “Hippocrates Philopaeneni gaudium” (Aristóteles e Hipócrates, 72) y en ella alaba al abderita al mismo tiempo que rechaza la acusación de locura de sus contemporáneos.

Ni que decirse tiene que la semblanza de Vidriera, incluso con el detalle de que “no bebía sino en fuente o en río, y esto con las manos...,” (p. 117) es considerable. Conforme ahonda en la enfermedad, se acerca, a sabiendas o no, al concepto central de la *Moria* erasmiana:

De la cual sentencia [la humanidad enferma] se admiró Hipócrates [...]. Y tornándolo a visitar (gustando de su sabiduría) dice que le preguntó la razón y causa de su continua risa (viéndole reír y burlar de todos los hombres del mundo) [...]. Y, así, procedió muy a larga contando los varios apetitos de los hombres y las locuras que hacen y dicen por razón de estar enfermos. Y concluyendo, le dijo que este mundo no era más que una casa de locos, cuya vida era una comedia graciosa representada para hacer reír a los hombres; y que esta era la causa de que se reía tanto. Lo cual oído por Hipócrates, dijo públicamente a los abderitas: “Non insanit Democritus, sed super omnia sapit et nos sapientiores efficit” (*Examen*, 175-176).

El saber superior de Demócrito es análogo al de Vidriera, pero pasado por el tamiz erasmista: la locura del personaje cervantino se encuadra en el segundo tipo citado por Erasmo, aquella “que mana directamente de mí [o sea, de la Locura] y que es digna de

ser deseada por todos. Se manifiesta por cierto alegre extravío de la razón, que libera al alma de cuidados angustiosos y la perfuma con múltiples voluptuosidades” (cap. XXXVIII), y ni que decirse tiene que Erasmo cita varias veces a Demócrito como representante de tal locura; por ejemplo, en los capítulos XXVII y XLVIII.

De este modo, la imagen del mundo como gigantesca locura y enfermedad que ofrece Demócrito es perfectamente asimilable a la del *Encomium Moriae* de Erasmo, que encierra un sutil razonamiento aplicable al texto cervantino: si el mundo entero está loco (del primer tipo de locura), el comportamiento demente (segundo tipo) se vuelve normal, y el que se aparta de él está dos veces loco,

y, sin embargo, vemos a tal especie de hombres predecir las cosas futuras, y saber lenguas y letras que hasta entonces nunca habían aprendido, y presentar en sí algo que es absolutamente divino. No cabe dudar de que ello procede de que la mente, al estar algo más libre del contacto del cuerpo, empieza a poner por obra su facultad natural (*Elogio de la Locura*, LXVI).

El caso del hombre de vidrio que nos ocupa es proverbial, pues su cuerpo ya no es de tosca y telúrica carne, sino del sutil y espiritual vidrio. Por lo mismo, la enajenación de Vidriera es tanto un panegírico de la sublime locura de Demócrito —o Erasmo— cuanto una incitación amarga al pesimismo, propia de su antinómico Heráclito, que remedaba parcialmente fray Luis con Marcelo.

Lope de Vega

La proyección de Huarte también alcanza al otro genio, Lope de Vega, que en *La prueba de los ingenios*, precisamente, pone en boca de Paris la explícita referencia a los *Problemas* aristotélicos:

FLORELA	¿Sabéis vos, Paris, cuál sea el mejor temperamento para la gran excelencia de ingenio?	
PARIS	Sí.	
FLORELA	¿Cuál es para que sus partes sepa?	2600
PARIS:	El melancólico.	
FLORELA	Niego.	
PARIS	Pruebo: sea la experiencia que Aristóteles confirma lo primero, sesión treinta de los <i>Problemas</i> , pues dice que filósofos, poetas y artífices excelentes como Lisandro de Grecia, Sócrates, Platón, Empédocles fueron la misma tristeza; los viejos son más prudentes, en ellos vemos que reina más melancólico humor,	2605
		2610

luego es el de más esencia.³²

Más abajo concede, escéptica, Florela, defensora del equilibrio entre sangre y melancolía:

FLORELA	Mayor y menor concedo, Paris, y la consecuencia niego, porque el ser prudentes la experiencia se lo enseña: sequedad, melancolía	2625
	acompañan la grandeza del ingenio, aunque Galeno estas partes diferencia: melancolía con cólera y sangre pura gobierna	2630
	los ingenios altamente, y estas dos vemos que reinan en millones de mujeres.	

Lope coincide con Huarte: “si nos acordamos que la frialdad y humedad son las calidades que echan a perder la parte racional, y sus contrarios, calor y sequedad, la perfeccionan y aumentan, hallaremos que la mujer que mostrare mucho ingenio y habilidad terná frialdad y humedad en el primer grado” (*Examen*, p. 614). Aquella “humedad” se consume, “porque la tristeza y la aflicción gasta y consume no solamente la humedad del cerebro, [...] que es lo que dijo Hipócrates: ‘gaudium relaxat cor’ [...] con la cual calidad se hace el entendimiento más agudo y perspicaz” (*Examen*, pp. 332-333).

También tuvo en cuenta el otro tipo; por ejemplo, en *La quinta de Florencia*, porque, como le señala Alejandro y vimos en Vidriera, los estudios son la causa de su melancólica tristeza, porque, como señala Huarte siguiendo a Galeno, “contemplar y meditar enfriá y deseca el cuerpo y lo hace melancólico” (*Examen*, p. 262):

ALEJANDRO	¿De qué nace la tristeza? Tu amigo soy.	
CÉSAR	Gran señor, 165 yo pienso que este rigor es propia naturaleza. Tres suertes hay deste mal: ocio, tristeza y la mía, que es una melancolía y una enfermedad mortal. [...] La fiera melancolía es estar triste sin causa, digo, sin la que se causa de sangre, como la mía. Doy palabra a vuestra alteza, que no sé más ocasión.	170 180

³² Compruebo que también lo cita Orobítg (2010, 21).

ALEJANDRO Causa tus estudios son, 185
 César, de tu gran tristeza.

Y como Vidriera (y Demócrito), quiere alejarse de la corte para vivir, sea sincera o teatralmente,³³ como un eremita:

ALEJANDRO	Yo pensé que te alegrara la casa que fabricaste junto a Florencia.	
CÉSAR	Y pensaste 195 bien. (¡Oh nunca yo la labrara!)	
ALEJANDRO	¿Qué dices?	
CÉSAR	Que si no fuera por ella, me hubiera muerto: tanto me alegra el desierto, tanto la corte me altera. 200	

En *Los locos de Valencia*, en cambio, el temperamento melancólico “por adustión” se asocia al *amor hereos*, o *erotes*, que hemos visto arriba con Arnau de Vilanova:³⁴

GERARDO	También ha dado en tal melancolía viéndose presa, que su vida temo.	
VERINO	Un poco la sentí de calentura; 2110 viene también de humores melancólicos; aqueste mal se llama <i>catalepsis</i> , con el furor y frenesí partícipe, aunque más propiamente los antiguos llamaron este mal de vuestra Fedra 2115 <i>erotes</i> , que es un género de tristes que solo del amor están enfermos; el frenesí conturba los sentidos, levanta en ellos furia y fiera cólera hácese cuando acaso el que le tiene 2120 percibe dentro en sí vanas imágenes. ³⁵	

Más abajo se quiere echar manos de un remedio convencional:

VERINO Ese es discreto y único remedio

³³ Arellano (31) analiza otras comedias para ilustrar los casos de melancolía y concluye que a veces “los protagonistas no son melancólicos, sino actores que representan la comedia de la melancolía para conseguir sus propósitos o eludir explicaciones. Es preciso, por tanto, analizar con cuidado las perspectivas de los agentes melancólicos o supuestamente melancólicos para percibir la seriedad o la burla de dicha condición”.

³⁴ “Amor talis (videlicet qui dicitur *hereos*) est vehemens et assidua cogitatio supra rem desideratam cum confidentia obtinendi delectabile apprehensum ex ea” (Vilanova 48).

³⁵ “La intención del espíritu del amante se vuelca completamente en el pensamiento constante del amado. [...] El alma del amante es arrastrada a la imagen del amado, que está grabada en su fantasía, y al amado mismo. Y allí son atraídos también los espíritus, y volando a éste constantemente se disipan. Por esto, necesita una provisión muy constante de sangre pura para recrear los espíritus consumidos. [...] Además, disuelta la sangre pura y clara, queda la sangre manchada, seca y negra. De aquí el cuerpo se seca y empalidece, de aquí los amantes se vuelven melancólicos” (Vilanova 145).

sin revolver Galenos ni Avicenas;
 nunca encerréis al loco melancólico,
 sino sacadle a ver gustos y fiestas
 y dalde vino, i beberlo quiere,
 que desbarata mucho aquellas sombras,
 los humos densos y vapores crasos,
 que, en efeto, es humor árido y frío.³⁶

2145

Pero no siempre funciona: es necesario que el paciente quiera curar su afección melancólica, porque en *La vida de San Alejo*, de Agustín Moreto, por ejemplo, el protagonista empieza con otro caso de reflexión y “contracción,” se ensimisma en sus reflexiones, como el Marcelo de fray Luis:

ALEJO	¿Qué cantáis? ¿Quién ha intentado aumentar la pena mía?	5
MÚSICOS	Viendo tu melancolía, mi señor nos lo ha mandado.	
ALEJO	No cantéis, que en la aflicción que me da mi pensamiento, su mejor divertimiento es su propia ocupación. ³⁷	10

La ocupación del pensamiento es “contemplar” y meditar, o sea, la ensimismada reflexión (*cogitatio*) sobre sí mismo. Concentra en él Moreto las características teatrales del melancólico, que, por lo mismo, acaba convirtiéndose en figura teatral (como César en *La quinta de Florencia*), cuando no en figurón.

Conclusión

Desde el extremo contemplativo (Marcelo) al enloquecido (Vidriera), los melancólicos son personas excepcionales, como señala el Paris de Lope en *La prueba de los ingenios*, especialmente si la melancolía es adusta y no se ajusta estrictamente al humor y temperamento convencionales. El “límite” que no quiere sobrepasar Marcelo se “desparrama” en el licenciado Vidriera, otro Demócrito, pero pasado por el tamiz erasmista. Los *signa* de aquel melancólico luisiano son de la melancolía buena o “inspirada” (reflexiva), aunque el “marco” es muy endeble, porque el líquido negro rebosa y acaba desbordando, deja de funcionar la *eucrasia* (buena o equilibrada mezcla de humores), porque no se “equilibra” con otra cualidad (cólera caliente como la de don Quijote, por ejemplo) y, al no combinarse, no funciona el filtro de la “imaginativa” (según Huarte) y el “intelecto” de Marcelo lo ensimisma. Si hubiese intervenido aquella, la imaginación, le hubiese “liberado” los accesos melancólicos encauzados “espiritualmente” por la sangre. Eventualmente, por otra parte, la “genialidad” no es suficiente, como le ocurre a Vidriera, que, vuelto a su ser como licenciado Rueda, es expulsado hacia las armas, él que fue el mejor letrado. La melancolía, además de

³⁶ En *El cuerdo loco*, también de Lope, nos detalla Rosania que “... Antonio toma / cierta epitimia todas las mañanas / contra el humor melancólico” (vv. 693-695).

³⁷ No se olvide que “La musique joue un rôle essentiel, qui est à la fois ce qui cause et ce qui ralentit la bile noir, ce qui lui donne un rythme supportable, un flux à la limite du déplaisir et du ravisement, qui est un entretien et un antidote” (Clair 243). Esa ambigüedad se subraya en la variante del verso 6: “ahuyentar” leen la mayoría de testimonios. No parece, por otra parte, que sea un melancólico fingido, de los que cita Arellano, dada su condición de santo.

alejarlo socialmente, como a Demócrito, le ha aislado, o se ha automarginado, como el meditabundo Alejo de Moreto, tan próximo al Job de fray Luis como alejado de su sosias melancólico, Marcelo, porque el santo moretiano está más cerca del estereotipo teatral que del sabio reflexivo. A todos los caracteriza su condición de melancólicos, pero estos, los teatrales, lo son solo de nombre.

Obras citadas

- Aristóteles, *El hombre de genio y melancolía (problema XXX)*. Jackie Pigeaud, ed. Barcelona: Acantilado, 2007.
- Aristóteles e Hipócrates. *De la melancolía*. Conrado Tostado trad. México: Vuelta, 1994.
- Atienza, Belén. *El loco en el espejo. Locura y melancolía en la España de Lope de Vega*. Amsterdam: Rodopi, 2009.
- Babb, Lawrence. “Malinconia e scienza dal Medioevo al Rinascimento”. En Attilio Brilli ed. *La malinconia nel Medio Evo e nel Rinascimento*. Urbino: QuattroVenti, 1982, 53-98.
- Bartra, Roger. *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Benvenuto, Sergio. *Accidia. La passione dell'indifferenza*. Bolonia: Il Mulino, 2008.
- Bologna, Corrado. “La mano en la mejilla”. En *Homenaje a Stefano Arata. Críticón*, 87-89 (2003): 79-96.
- Burton, Robert. *Anatomía de la melancolía*. Ana Sáez Hidalgo *et al.* eds. y trad.; Jean Starobinski prólogo. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría, 3 vols. 1997-2003.
- Carrera, Elena. “Madness and Melancholy in Sixteenth- and Seventeenth-Century Spain: New Evidence, New Approaches”. *Bulletin of Spanish Studies* 87, 8 (2010): 1-15
- Cervantes, Miguel de. *El licenciado Vidriera*, en *Novelas ejemplares*. Jorge García López ed. Barcelona: Crítica, 2001, 265-301.
- Clair, Jean, “Musique et mélancolie”. En Jean Clair. *Mélancolie, génie et folie en occident, en hommage à Raymond Klibansky, 1905-2005*. París: Gallimard, 2005, 242-271.
- Dandrey, Patrick ed. *Anthologie de l'humeur noire: écrits sur la mélancolie d'Hippocrate à l'Encyclopédie*, París: Le Promeneur, 2001.
- *Les tréteaux de Saturne, Scènes de la mélancolie à l'époque baroque*. París: Klincksieck, 2003.
- Demont, Paul. “La mélancolie dans l'Antiquité: de la maladie au tempérament”. En *Mélancolie, génie et folie en occident* [2005], 34-37.
- Erasmo de Rotterdam. *Elogio de la locura*. Pedro Voltes ed. y trad. Madrid: Espasa-Calpe, 1953.
- Ferri Coll, José María. *Los tumultos del alma. De la expresión melancólica en la poesía española del Siglo de Oro*. Valencia: Diputación Provincial, 2006.
- Galen. *Sobre las facultades naturales. Las facultades del alma siguen los temperamentos del cuerpo*. Juana Zaragoza ed. Madrid: Gredos, 2003.
- *Sobre la localización de las enfermedades (De locis affectis)*. Luis García Ballester int., Salud Andrés trad. Madrid: Gredos, 1997.
- Gambin, Felice. *Azabache. El debate sobre la melancolía en la España de los Siglos de Oro*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.
- ed. y trad., Alonso de Freylas. *I malinconici e la divinazione*. Florencia: SEID, 2012.
- “Los españoles tétricos y graves. Moradas de la melancolía en el Siglo de Oro”. En María Bolaños ed. *Tiempos de Melancolía: Creación y Desengaño en la España del Siglo de Oro*. Madrid: La Caixa-Turner, 2015, 34-47.
- “Un mar de tinta: el bufete de Cervantes y la mano en la mejilla de los escritores de los Siglos de Oro”. *Artifara* 17 (2017): 201-229.
- <https://www.ojs.unito.it/index.php/artifara/article/view/2520/2332>

- Garin, Eugenio. “Phantasia e imaginatio fra Marsilio Ficino e Pietro Pomponazzi”. En M. Fattori y M. Bianchi eds. *Phantasia-Imaginatio. Vº Colloquio Internazionale*. Roma: Edizioni dell’Ateneo, 1988, 3-20.
- Hersant, Yves ed. y trad., Hippocrate. *Sur le rire et la folie*. París : Rivages, 1989.
- *Mélancolies. De l’antiquité au XXº siècle*. París : Robert Laffont, 2005.
- “Mélancolie rouge”. En *Mélancolie, génie et folie en occident* [2005], 112-119.
- Hipócrates. *Aforismos*. En C. García Gual, Mª D. Lara Nava, J. A. López Férez, B. Cabellos eds. *Tratados hipocráticos. I*. Madrid: Gredos, 1983.
- *Epidemias*. en A. Esteban, E. García Novo y B. Cabellos eds. *Tratados hipocráticos*. V. Madrid: Gredos, 1989.
- Huarte de San Juan, Juan. *Examen de ingenios para las ciencias*. Guillermo Serés ed. Madrid: Cátedra, 1989.
- Jackson, Stanley W. *Historia de la melancolía y la depresión desde los tiempos hipocráticos a la época moderna*. Madrid: Turner, 1986.
- López Pinciano, Alonso. *Philosophía antigua poética*. Alfonso Carballo Picazo ed. Madrid: CSIC, 1953, 3 vols.
- Luis de León, Fray. *De los nombres de Cristo*. Javier San José ed. Barcelona: Galaxia Gutenberg-CECE, 2008.
- *Exposición del libro de Job*. Javier San José ed. Salamanca: Universidad, 1992.
- Melanchton, Felipe. *Liber de anima*. Wittenberg: Heredes Petri Seitz, 1554.
- Mexía, Pedro. *Silva de varia lección*. Isaías Lerner ed. Madrid: Castalia, 2003.
- Moreto, Agustín. *La vida de San Alejo*. Guillermo Gómez Sánchez-Ferrer ed. Alicante: Fundación Proteo-Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021.
- <file:///C:/Users/gseres/Downloads/la-vida-de-san-alejo-1071981.pdf>
- Müller, Cristina. *Ingenio y melancolía: una lectura de Huarte de San Juan*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.
- Murillo y Velarde, Tomás. *Aprobación de ingenios y curación de hipocóndricos*. Zaragoza: Diego de Ormer, 1672.
- Orobitg, Christine. “Melancolía e inspiración en la España del Siglo de Oro”. *Bulletin of Spanish Studies* 87, 8 (2010): 17-32.
- “El sistema de las emociones: la melancolía en el Siglo de Oro español”. En María Tausiet Carlés, James S. Amelang coords. *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna*. Madrid: Abada, 2009, 71-98.
- Peset, José Luis. *Las melancolías de Sancho. Humores y pasiones entre Huarte y Pinel*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2010.
- Pigeaud, Jackie. *La maladie de l’âme. Étude sur la relation de l’âme et du corps dans la tradition médico-philosophique antique*. París: Les Belles Lettres, 1998.
- Radden, Jennifer. *The Nature of Melancholy: from Aristotle to Kristeva*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press, 2002.
- *Melancholic Habits: Burton’s “Anatomy” & the Mind Sciences*. Nueva York-Oxford: Oxford University Press, 2017.
- Rinaldi, Rinaldo. “*Melancholia christiana*”. *Studi sulle fonti di Leon Battista Alberti*. Florencia: Leo S. Olschki, 2002.
- Rodríguez de la Flor, Fernando. *Era melancólica. Figuras del imaginario barroco*. Palma: UIB-José J. de Oláñeta, 2007.
- Rojas, Fernando de (y “antiguo autor”). *La Celestina*. Francisco Lobera et al. eds. Barcelona: Galaxia Gutenberg-RAE, 2011.
- Rubio, Lisardo, “El temperamento ‘melancólico’ de fray Luis de León y sus actuaciones prácticas”. En Saturnino Álvarez Turienzo ed. *Fray Luis de León. El fraile, el humanista, el teólogo*. *La Ciudad de Dios* 204 (1991): 947-965.

- Sabuco de Nantes, Oliva. *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*. Madrid: Pedro Madrigal, 1587.
- Sáez Hidalgo, Ana. “Una visión renacentista de la melancolía: Alfonso de Santa Cruz”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 15 (1995): 87-93.
- Santa Cruz, Alfonso. *Dignotio et cura affectuum melancholicorum* [antes de 1569]. Madrid: Tomás de Junta, 1622.
- Serés, Guillermo. “Don Quijote, ingenioso”. En Aurora Egido coord. *Los rostros de don Quijote*. Zaragoza: Ibercaya, 2004, 11-36.
- Starobinski, Jean. *L'encre de la mélancolie*. París: Du Seuil, 2012.
- Valles, Francisco. *Controversiarum medicarum et philosophicarum*. Alcalá de Henares, Juan de Brocar, 1556.
- Vega, Lope de, *La prueba de los ingenios*. Julián Molina ed. En Marco Presotto coord. *Comedias de Lope de Vega. Parte IX*. Lérida: Milenio-UAB, 2007, 3 vols., I, 389-559.
- *La quinta de Florencia*. Bienvenido Morros ed. En Silvia Iriso ed. *Comedias de Lope de Vega. Segunda parte*. Lérida: Milenio-UAB, 1998, 3 tomos, III, 1561-1691.
- *El cuerdo loco*. Antonio Sánchez Jiménez y Adrián J. Sáez eds. En José Enrique López Martínez. *Comedias. Parte XIV*. Barcelona: Gredos, 2015, 2 vols., II, 727-909.
- *Los locos de Valencia*. Carlos Peña ed. En Natalia Fernández Rodríguez coord. *Comedias. Parte XIII*. Barcelona: Gredos, 2014, 2 vols., II, 167-328.
- Velázquez, Andrés. *Libro de la melancolía* [1585]. Felice Gambin ed. Lucca: Mauro Baroni, 2002.
- Vilanova, Arnau de, *De amore*. Inés Creixell Vidal-Quadras ed. Barcelona: Quaderns Crema, 1985.
- Vives, Juan Luis. *Obras completas*. Lorenzo Ríber ed. y trad. Madrid: Aguilar, 1948, 2 vols.
- Wigger, Anne. *Vom “matasanos” zum “medico perfecto”*. Zum literarischen Bild des Arztes im Spanien des 16. Jahrhunderts. Berlín: Walter Frey, 2001.
- Ynduráin, Domingo. “En torno al *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan”. *BRAE* 79 (1999): 7-54.